

Padre eterno no hubiera permitido, que sobre su amado Hijo se diera un golpe tan fiero y tan sangriento! Yo, diria otro ángel, fuí aquel que le anunció á Abraham, que habia de tener un hijo, en quien habian de ser benditas todas las gentes. Y veis aquí cumplida esta profecía, pues en la pasion y muerte de este Señor serán benditas todas las naciones del mundo, extendiéndose á todas el fruto de su copiosa redencion. Yo, diria otro ángel, fuí destinado á hacer centinela en las puertas del Paraíso, para que no entrase en él alguno de los mortales, despues que fué arrojado de aquel sitio el primer hombre. Mas veis aquí ajada y destruída esa santísima Humanidad, mucho mas amena y floreciente que el otro Paraíso; de la cual salen, no cuatro, sino cinco caudalosos rios de sangre, para fertilizar la tierra maldita de los hijos de Adan. Yo, diria otro soberano espíritu, fuí aquel que di la muerte á todos los primogénitos de Egipto, cuyas puertas no estaban esmaltadas con la sangre del cordero. Mas veis aquí el cordero divino, que con su sangre ha esmaltado á todos los hombres, de suerte que todos pueden, si quieren, evitar la muerte eterna. Yo, diria otro, fuí aquel ángel que precedia en el Desierto á todo el ejército hebreo, que de noche le alumbraba como una columna de fuego, y de día le protegía de los ardores del sol, como una espesa nube lo hace; y ved aquí, que este Señor con su pasion ha deshecho las tinieblas de la culpa, y ha mitigado los ardores de la concupiscencia. Yo, diria otro ángel, fuí aquel que estuvo toda la noche luchando con Jacob, el cual quedó herido en el muslo. Mas aquí veis al que ha luchado con el príncipe de las tinieblas, y con todos los ángeles apóstatas, venciéndolos en campal batalla; mas ha quedado herido en la cabeza, en las manos, en el costado, en los piés y en todo su santísimo cuerpo, ha recibido en sí todas las heridas, para curar de las suyas á los hombres. Yo soy aquel ministro, diria otro de estos soberanos espíritus, que en una noche pasé á cuchillo á ciento y ochenta y cinco mil hombres del ejército de Senaquerib, para castigar su insolencia; mas ¿qué tiene que ver esta victoria con la que acaba de conseguir este Señor, que con su muerte ha destruído todo el furor de la muerte, y ha despojado los principados y potestades de las tinieblas, para castigar su envidiosa tiranía? Yo, diria tambien otro, soy aquel ángel, que para castigar la vanagloria de David, de orden del Señor encendí una peste cruel en

aquel pueblo, que en solo tres dias quitó la vida á setenta mil personas. Pagó el pueblo la culpa de un príncipe, que tal vez por inconsideracion quiso saber, en qué consistian todas sus fuerzas militares. Mas ahora los delitos de todo el género humano los ha pagado su legítimo Príncipe, en quien no hubo ni pudo haber la mas mínima culpa. Veisle aquí *despedazado por los delitos de su pueblo*, para que se cumpliera el vaticinio de Isaías (1). Yo soy aquel ángel, diria otro, que á los tres mancebos que fueron arrojados en el horno de Babilonia, les templé los ardores de las llamas, de modo que los convertí en un blando rocío, y salieron intactos de aquel incendio. Mas veis aquí al Señor, á quien las llamas ardentísimas de su amor le han abrasado, le han consumido, haciendo que se ofreciera en holocausto á su eterno Padre, para librar á los hombres de las voraces llamas del fuego infernal. Yo soy aquel ángel, diria otro, que tenia á su cargo conmovier el agua de la fuente de Jerusalem, conocida por el nombre de Piscina, para que el primer enfermo que se introdujese en ella despues de la conmocion de las aguas, lograra la salud, curando de cualquier enfermedad. Mas ved aquí otra fuente en este santísimo cuerpo, con cinco pórticos ó cinco llagas patentes y abiertas para todo el mundo, para que reciba la salud, no solo el primero que éntre, sino el primero y el postrero, y todos los que quieran entrar. Aquí se da á beber aquella agua, que quien la gusta, nunca jamas estará sediento. De esta suerte cada uno de aquellos espíritus angélicos á competencia haria cánticos de alabanza al Señor, y cánticos, que no los pueden explicar ni entender mis cortos alcances. Eran cánticos dictados de un saber altísimo, de un respeto profundo, de un amor encendido, y en ocasion de un triunfo el mas señalado. Porque como en las exequias se suele hacer memoria de las acciones de los grandes héroes; ¿quién duda que estos soberanos espíritus, altamente instruídos de las acciones del Verbo humanado, le alabarian por todas ellas, haciendo suavísimos cánticos á su paciencia inefable, á su invencible fortaleza, á su obediencia insigne, á su incomprehensible mansedumbre y á su encendidísima caridad? Sin duda que esto es muy verosímil; no dejarían de honrar en esta ocasion á nues-

(1) *Isai. c. 53. v. 8.*

tro difunto Redentor los soberanos espíritus, criados fidelísimos de este Señor.

Y qué? ¿fueron estas todas las honras, que recibió nuestro difunto Dueño en este lance? Pues que su benditísima Madre nada dijo? Esta soberana Señora, mas sabia que todos los ángeles juntos, en cuyo pecho habia mas amor que el que estaba distribuido entre todos los serafines, ¿guardó silencio en esta ocasion? A la verdad, oyentes, mas dispuesta estaba para rendir el último aliento de su vida, que para articular palabra alguna, porque la grandeza del dolor así le habia ocupado todas sus potencias y sentidos, que aunque magnánima, apénas le quedaba aliento para otra cosa que para llorar y gemir. Los ángeles alabaron al Señor, admirados de la grandeza de sus obras, mas sin verter lágrimas; pero esta Señora, que tenia mas conocimiento de las obras de su Hijo, y de todo lo que encierran las santas Escrituras figurativas de este suceso, le alababa y le engrandecía; mas la pena y sentimiento la martirizaban. Y ¿qué haré yo sin ti, diria la afligidísima Reina dentro de su corazon? ¿Qué haré sin ti, lumbre de mis ojos, blanco de todos mis deseos, descanso de mis potencias y sentidos, y único bien mio? Habiéndote perdido á ti, ¿qué consuelo puedo tener? No habia para mis males otro alivio, sino morir contigo: esto me fuera algun consuelo, porque vivir sin ti no es vida; es muerte, es un cuchillo que no se aparta de mi corazon. ¿Así, bien mio, así te paga la sinagoga los beneficios que le has dispensado? ¿Este es el pago que te ha dado ese pueblo, que elegiste entre todas las naciones del mundo para pueblo tuyo? ¿Vertiendo tú sobre él tus misericordias, él ha derramado ahora sobre ti todas sus iras? Oh, si las hubiera dirigido contra mí! oh, si contra mí sola hubiera dirigido su furor! ¡Con cuánto gusto hubiera yo ofrecido mi vida por salvar la tuya! Mas ahora entrambos la hemos perdido: vos, Hijo mio, porque estáis muerto, y yo porque sin vos estoy sin aliento. Vos, dueño mio, muerto entre tantas penas, no porque habéis hecho mal, sino por haber hecho bienes; no porque sois malhechor, como dice la rabia de vuestros enemigos, sino porque los habéis colmado de favores, curando sus enfermos, consolando á los tristes, dando libertad á los endemoniados, enseñando á los ignorantes y resucitando á los muertos. Si por todo esto merecéis su amor y su veneracion, ¿por

qué os han de pagar estos beneficios con tan horribles agravios? Ah envidia cruel! ¿Por qué no has convertido contra mí tu saña, dejando intacto al mayor bienhechor? Ahora veo que *el amor es fuerte como la muerte, y la emulacion dura como un infierno* (1): si no es que diga, mas fuerte que la misma muerte, porque me hace experimentar mortales agonías, sin concederme el descanso de morir. Mas por lo ménos, dulce bien mio, concedéme una de dos cosas, ó que seáis sepultado dentro de mí, ó que yo sea colocada con vos en el sepulcro. Dentro de mis entrañas ya estáis acostumbrado á estar vivo: dignaos pues ahora de estar difunto. Tierra soy, descendiente soy del barro, bien que por tu dignacion no soy tierra maldita, como los demas hijos de Adan, soy tierra sacerdotal, exenta de los tributos comunes á los demas hombres. Aquí pues en este barro y en esta tierra puedes ser sepultado. De esta suerte, aunque tenga la pena de verte muerto, tendré el consuelo de tenerte conmigo; y si no soy merecedora de este favor, permitidme á lo ménos, que sea sepultada en vuestra compañía. Esto es lo único que, no solo dará alivio á mis penas, sino que acaso sostendrá mi vida, para que no la pierda; porque si el sepulcro de vuestro siervo el profeta Eliseo fué bastante para restituir la vida á un difunto, el estar sepultada en vuestra compañía será toda mi vida, ó el único remedio para conservarla. Así me parece, oyentes, que hablaria dentro de su corazon esta angustiada Madre. Pero qué digo? Hablaria cual ninguno habló jamas; gemiria cual ninguno ha gemido, aunque gimieran los ángeles y hablaran todos los espíritus celestiales. Estas fueron las honras y exequias, que se hicieron á Jesus difunto en esta ocasion. Así, acompañado y engrandecido de los ángeles, obsequiado de aquellos piadosos varones, entre las lágrimas de todos y entre los gemidos de la amantísima Madre, llegó esta devota procesion á aquel huerto, en donde Josef tenia labrado para sí un sepulcro nuevo. Bajaron de sus hombros el sagrado depósito, lo dejaron en el suelo con toda reverencia, y levantando la lápida del sepulcro, colocaron en él al divino Señor, dejándose todo el acompañamiento en aquel lugar sus corazones: con especialidad dejó allí el suyo, sus sentidos, sus potencias y su alma la dulcísima Madre. Bien quisieran todos quedarse allí en

(1) *Cantic. c. 8. v. 6.*

compañía del sagrado cadáver, postrados en el suelo, como los amigos de Job, y llorando amargamente la pérdida de su bienhechor; mas la noche que entraba á toda prisa, y la ocasion que no permitia irritar mas á los enemigos del Señor con estas demostraciones piadosas, les obligó á cerrar el sepulcro, y poner fin á esta piadosa funcion.

Mas detenéos un poco, piadosos varones: no echéis la lápida al sepulcro; no cerréis tan presto ese divino tesoro, que todavía hay quien obsequie á ese Señor, y es justo que á los siervos se les permita obsequiar y llorar á su legitimo dueño difunto. Qué ¿nosotros no hemos de concurrir á las exequias y llorar la pérdida de nuestro padre, y de nuestro bienhechor liberalísimo? Ya que hemos acompañado á este Señor con la fe, ¿no será justo que le pagemos el tributo del amor? Y qué tributo es este, me diréis vosotros? ¿Qué exequias podrán hacerle los pobres y los ignorantes, á quien se halla obsequiado de tan excelentes criaturas, en quienes el saber y el amor se están haciendo competencia? Aunque nuestros tributos, amados oyentes, sean pobres y limitados, debemos pagarlos. En las exequias de Efestion, privado é íntimo amigo de Alejandro el Grande, se compitieron á un mismo tiempo la riqueza y la profusion. Doce mil talentos, que son mas de diez y ocho millones de pesos de nuestra moneda, empleó este príncipe en las exequias de su amigo. Tantos fueron los aromas, los bálsamos, los tapetes, las telas preciosas, el oro y los diamantes, que se arrojaron dentro de aquella hoguera, en donde se abrasaban los huesos y el cadáver de Efestion: con lo cual manifestó aquel príncipe el vicio de su prodigalidad y el exceso de su amor. Este rito de quemar los cuerpos de los difuntos lo adoptaron casi todas las naciones del mundo: el cuerpo de Saúl y de Jonatas fueron quemados en las exequias que se les hicieron (1). Igualmente fué quemado el cuerpo de Asa, rey de Judá (2), y el de otros muchísimos; y nuestro Señor mandaba en el Levítico, que los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre se habia derramado para rociar con ella el santuario, que era el sacrificio que se hacia por los pecados, que estos cuerpos, digo, miéntras que el ejército hebreo estaba acampado, fueran quemados en un lugar apartado del campamento; y cuando estos sacrificios se

(1) I. Reg. c. 31. v. 12. (2) II. Paralip. c. 16. v. 14.

hacian en el templo, fueran quemados estos cuerpos fuera de las puertas de la ciudad. Y como la muerte de nuestro Señor Jesucristo estuvo figurada en aquellos sacrificios, por eso dice el apóstol san Pablo, que padeció nuestro Señor fuera de las puertas de Jerusalem (1). De donde se ve, oyentes, que el sagrado cuerpo de nuestro Salvador está ardiendo, se abrasa, no entre llamas de fuego material, sino en los incendios de su purísimo amor. Esto vemos con los ojos de la fe; presente lo tenemos. Y qué? ¿nada echaremos nosotros dentro de esa hoguera, para hacerle las exequias á nuestro amado Redentor? No nos pide oro, ni plata, ni diamantes, ni aquellas preciosidades que arrojaban los gentiles en las hogueras en que abrasaban los huesos de sus amigos: no nos pide otra cosa, como dice el mismo Apóstol, sino que salgamos fuera del campamento de este mundo; *que dejemos la aficion de las cosas terrenas, y que llevemos en las manos ó en nuestros corazones las afrentas y oprobios que padeció por nuestro amor* (2). Veis aquí, amados míos, cómo hemos de hacer las exequias á nuestro difunto dueño. Y ¿seremos nosotros tan crueles, que no tengamos memoria de estas afrentas de nuestro Salvador? ¿Qué cosa hay, oyentes, que no nos acuerde este beneficio? La santa cruz, que vemos colocada por los caminos, por las calles, en vuestra misma habitacion, y que formamos frecuentemente sobre nosotros mismos, ¿qué otra cosa es que un vivísimo recuerdo de la pasion de Jesucristo? Los santos sacramentos, que con tanta frecuencia recibimos, ¿qué otra cosa son sino unas fuentes copiosísimas, que dimanen del costado de nuestro divino Salvador, por las cuales se nos comunican los méritos de su pasion y muerte? El sacrificio de la misa, que con tanta frecuencia vemos celebrado en nuestros templos, ¿qué otra cosa es que una reiteracion de aquel sacrificio, que este Señor hizo de sí mismo en la cruz? No hay otra distincion entre uno y otro, sino que el de la cruz fué dolorosísimo, y este sin dolor; en la cruz vertió su preciosísima sangre, y en el altar no se derrama. Pues ¿cómo, á vista de tantos recuerdos de la pasion de nuestro Dueño, podremos estar sin la memoria de este beneficio, y sin tenerlo estampado en el alma? Toda la gloria de un cristiano es la cruz;

(1) Hebr. c. 13. v. 11 et 12. (2) Hebr. c. 13. v. 13.

toda la nobleza de un cristiano es la cruz; toda la felicidad de un cristiano es la cruz; todas las riquezas de un cristiano son la cruz: de suerte que la cruz y pasión de nuestro divino Salvador es nuestro tesoro, nuestra felicidad, nuestra gloria y nuestra nobleza. Veis aquí cómo hemos de hacer las exequias á nuestro difunto Dueño, dejando las aficiones de las cosas terrenas y estampando en nuestro corazón las afrentas de Jesús: así hemos de acompañar á este Señor hasta el sepulcro. Y si en nosotros hay algún amor, ¿cómo podremos dispensarnos de arrojarnos con intrepidez á aquellas llamas de caridad, en que está ardiendo el difunto cuerpo de nuestro redentor Jesucristo? Introduzcámonos dentro de su sagrado pecho; abierta está la puerta á violencia de una lanza: por muchos que sean los que quieran entrar, para todos habrá acogida. Esa es la oficina del amor; ahí está aquel prodigioso fuego, que Jesucristo vino á encender sobre la tierra; ahí están aquellas llamas, que nos han de purificar de todas las aficiones terrenas. Esta es aquella piedra del desierto, herida con la vara, no de Moisés, sino de la divina justicia, que se ha desatado en copiosos raudales, y en rios abundantísimos, para satisfacer la sed de todo el mundo. Vamos pues á beber todos los sedientos; no apartemos de ella nuestros labios ni nuestro corazón: aquí hemos de quedar en compañía del Señor. Gustos, placeres mundanos, falsos halagos de los sentidos, engañoso mundo, quédate allá, y ¡ojalá que nunca hubiera yo experimentado tus traiciones. Ya para nosotros no hay mas felicidad ni mas gloria, que estar sepultados en compañía de nuestro Dueño: por lo ménos allí han de quedar para siempre nuestros corazones. Ea, varones santos, ponéd la lápida; cerrád ya el sepulcro; mas encerrádnos también á nosotros. Y para que no desmerezcamos esta dicha, procuremos lavar primero nuestra alma y nuestro corazón con la contrición verdadera. ¡Ó fuente divina, en donde son lavadas nuestras manchas! lavádnos de todas ellas. Os protestamos, Señor, con todas las fuerzas de nuestro espíritu, que las aborrecemos; no podemos ver vuestro santísimo cuerpo maltratado y difunto sin que leamos en sus heridas la fiereza de nuestras culpas. Ó culpas mas amargas que la hiel! ó formidables engaños! Nos pesa de todo corazón de haber incurrido en ellos. Dignáos, Señor, de tener piedad de nosotros: no permitáis que seamos por

mas tiempo indignos de los frutos de vuestra pasión: no permitáis, que se aparte jamás de vos nuestra memoria, nuestro entendimiento y nuestra voluntad. Estos son los dones, que ofrecemos á esas llamas en que ardéis: recibídnos con benignidad. Concedédnos que seamos sepultados con vos, para que siendo participantes de vuestra sepultura, seamos también participantes de vuestra resurrección en la gloria. Amen.